

LA “ARMATURA”: UN EJERCICIO MILITAR ROMANO DESDE LA PERSPECTIVA DEL SIGLO IV

MIGUEL P. SANCHO GÓMEZ  
Universidad de Murcia\*

Pese a la gran cantidad de publicaciones que han venido apareciendo en los últimos años acerca de los diferentes cuerpos y formaciones del ejército romano tardío<sup>1</sup>, de las campañas militares llevadas a cabo cada vez con menos frecuencia por los propios emperadores, y de las guerras habidas durante los tiempos finales del Imperio<sup>2</sup>, parece que todavía han permanecido parcialmente olvidados ciertos aspectos que sin duda podrían añadir alguna luz a todas esas cuestiones; uno de ellos es el entrenamiento y los ejercicios que desarrollaban más o menos de manera cotidiana las fuerzas imperiales de las legiones, caballería y cuerpos auxiliares<sup>3</sup>, y más concretamente una curiosa práctica militar datada principalmente en esta cronología tardía pero que viene enraizada con las costumbres lúdicas de los primeros tiempos romanos: hablamos del ejercicio denominado<sup>4</sup> *armatura pedestris* o *pyrrhicha militaris*; otras veces<sup>5</sup>, aparece simplemente como *armatura*.

---

\* Dirección para correspondencia: Jaime I. E-30008 Murcia. E-mail: sancius78@gmail.com.

<sup>1</sup> La bibliografía es extensa; véanse, a modo de ejemplo, algunos autores que utilizan las obras fundamentales sobre la materia: J. Casey, 1991; B. Campbell, 1994; H. Elton, 1996; J. Wilkes, 2001; J. D. Montagu, 2006. También encontramos monografías sobre zonas concretas del Imperio, como las de G. De La Bédoyère, 2001; K. Jakubiak, 2003; A. S. Lewin & P. Pellegrini, 2007.

<sup>2</sup> Cf. J. J. Hatt, 1993; D. Nicolle, 1994; A. D. Lee, 2007.

<sup>3</sup> Algunos excelentes ejemplos de la bibliografía al respecto, en M. Junkelmann, 1991; P. Southern & K. R. Dixon, 1992; M. Mielczarek, 1993; I. P. Stephenson & K. R. Dixon, 2003; M. Biancardi, 2004.

<sup>4</sup> El nombre aparece indistintamente en Amiano Marcelino (XVI 5, 10; XXI 16, 7); en el primero de los casos el autor habla del entrenamiento militar del César Juliano. El segundo ejemplo se refiere al Augusto Constancio II, que fue un habilidoso arquero (Aurelio Víctor, 42, 23), y también un buen jinete, tal y como viene descrito por su pariente; no era raro que poseyera dicha habilidad pues descendía de una familia de militares: Juliano *Discursos* I 11c, también Libanio LIX 122 ss., Amiano Marcelino XXI 16, 7. El César también relatará la

Las menciones que se pueden encontrar en las fuentes acerca de éste son bastante escasas, y de modo significativo la mayor parte de ellas provienen, como ya hemos dicho, de autores de la antigüedad tardía<sup>6</sup>; la única mención de la *armatura* para el periodo republicano nos llega de una noticia de Tito Livio, según la cual esta actividad se desarrollaba en ciertos espectáculos circenses<sup>7</sup>, lo que no era nada extraño; el vocablo mismo procede del mundo de los gladiadores<sup>8</sup>. En ese particular, el historiador dice lo que veremos luego en Vegetio, nuestra fuente más extensa acerca de la materia. Leemos en Vegio 2, 23: “El ejercicio de la “armadura”, que hoy sólo se exhibe en el Circo los días de fiesta, lo aprendían con el entrenamiento diario no sólo los “armaduras” que están a cargo de un instructor, sino todos los soldados por igual. Pues la agilidad del cuerpo se adquiere con la práctica misma y también el saber herir al enemigo y el esquivarlo [...]”<sup>9</sup>. Como puede apreciarse, no era tan sólo el nombre del ejercicio en sí, pues además el término se usaba (indistintamente a veces) para denominar a los soldados que realizaban tal ejercicio y a sus instructores. Porque lejos de tratarse de un simple elemento decorativo o ceremonial, éste ejercicio tenía un alto valor militar muy apreciado dentro de las prácticas bélicas romanas. Existían maestros especiales, *campidoctores*, que enseñaban sus rudimentos a los reclutas, y recibían por su importante labor un trato privilegiado y raciones

---

destreza de Constancio con la *armatura* dentro del mismo panegírico (Juliano *Discursos* I 11a). Amiano Marcelino (XXI 16, 19) por su parte describe a Constancio II con piernas cortas y curvadas, aptas para saltar y correr. Véase también *Der neue Pauly: Enzyklopädie der Antike* / Herausgegeben von Hubert Cancik und Helmuth Schneider. Stuttgart: Verlag J.B. Metzler, 1996-... (16 vols.), s. v. “Truppenübungen”. Y. Le Bohec.

<sup>5</sup> Así, Vegetio I 13. Actualmente, existen trabajos novedosos sobre este autor, como los de A. R. Menéndez Argüín, 2005, y D. Paniagua Aguilar, 2006.

<sup>6</sup> *Thesaurus Linguae Latinae* s. v. 606; Firmico Materno, *Mathesis* VIII 6, 3 (entorno a 335-337); Claudiano, VI 621-640 (*Panegírico en honor al consulado del emperador Honorio*, año 404).

<sup>7</sup> Tito Livio XLIV 9, 27; se refiere al año 169 a. C.

<sup>8</sup> El término efectivamente pasa al ejército procedente de los gladiadores en el siglo I d. C., siendo su significado aproximado “entrenamiento con armas (y armaduras)”. Designaba tanto al ejercicio de entrenamiento en sí como a la persona que enseñaba tales métodos de combate, esto es, el instructor. Algunos campamentos romanos tenían cercos y espacios vallados dentro de sus instalaciones, con forma de anfiteatro en ocasiones (*campus*, -i; de ahí el término de *campidoctores* o *campi-doctores* con el que se define a los mandos encargados de dirigir tales asuntos), donde se realizaba el adiestramiento de los reclutas en ciertos ejercicios, las exhibiciones, el manejo de armas especiales y otros menesteres del arte militar.

<sup>9</sup> Traducción de M.T. Callejas Berdonés (1982); cf. pp. 187-188.

más cuantiosas<sup>10</sup>. Vegetio 1, 13 nos ofrece una detallada exposición acerca de ello; dice así “Por otro lado, el recluta debe adiestrarse en aquél tipo de ejercicio, que llaman “armadura” y enseñan los maestros de armas, cuya práctica se conserva en parte. En efecto se sabe, que también ahora luchan mejor en todo tipo de combates los que están entrenados en la “armadura” que los demás. De donde se puede deducir hasta qué punto es mejor el soldado ejercitado que el que no lo está, desde el momento en que los que han recibido algún tipo de instrucción en la “armadura” superan a sus compañeros en el arte de la guerra. Y la disciplina de este ejercicio fue observada tan estrictamente por nuestros mayores que a los maestros de armas se les recompensaba con doble ración y a los soldados, que habían aprovechado poco en aquel entrenamiento, se les obligaba a tomar en lugar de trigo cebada, y no se les volvía a dar su ración de trigo antes de haber demostrado con pruebas en presencia del prefecto de la legión, de los tribunos y de otros oficiales, que cumplían todo lo que requería el arte militar”.<sup>11</sup>

Desgraciadamente no poseemos ninguna descripción completa del ejercicio, sólo algunas menciones que generalmente destacan por su parquedad, como las de

---

<sup>10</sup> Debemos acudir con cautela a las afirmaciones vertidas por este tratadista, puesto que Vegetio utilizó un gran número de fuentes para confeccionar su *Epitome*, muchas de ellas incluso del periodo Republicano, por lo que en algunas ocasiones no podemos discernir de modo seguro la validez de ciertas afirmaciones para los tiempos en los que escribía (el autor en verdad cita sus propias fuentes, algunas de ellas hoy perdidas, en I 8: Catón el Viejo, Cornelio Celso, Frontino, Paterno el gran especialista en Derecho Militar, y “lo que se nos ha conservado de las disposiciones de Augusto y de Trajano y Adriano”); recordemos que la obra de Vegetio ha sido fechada entre los años 383 y 450, en el Imperio Romano de Occidente. Para la consabida problemática respecto a las fuentes, datación, y otras cuestiones de interés historiográfico, nos remitimos a W. Goffart, 1977, pp. 65-106, y a la introducción de la traducción inglesa realizada por N. P. Milner, 1996, *Introduction xiii-xliiii*. Si se presta atención, se puede comprobar que en tiempos de Vegetio sólo se practicaba la armadura “en el Circo en los días de fiesta”, mientras que nosotros tenemos la práctica plenamente atestiguada en el ejército romano del siglo IV; quizá podría tomarse esta divergencia como una indicación velada acerca de la datación del propio Vegetio. Para los *campidoctores*, véase la n. 8. Para Adriano, Y. Le Bohec (ed.), 2003, pp. 123-132, V. Giuffrè, 2003, 159-163.

<sup>11</sup> Traducción de M.T. Calleja Berdonés (1982), pp. 154-155. Sustituir trigo por raciones de cebada como castigo era una antiquísima práctica militar romana, que seguramente quedó abolida definitivamente en tiempos de Augusto; véase Suetonio, *Augusto* 24; Frontino, *Estratagemas* IV 1, 25 y 37; Tito Livio XXVII 13, 9; Polibio VI 38, 3. La práctica no aparece documentada ya por los grandes juristas altoimperiales Ulpiano, Modestino, Paulo Emilio Macer ni Arrio Menandro. Cf. *Digesto* 49, 16.

Amiano Marcelino o Juliano<sup>12</sup>; parte de nuestra información proviene del hecho de que tanto éste emperador ya mencionado como su primo Constancio II, practicaban asiduamente el ejercicio y eran al parecer duchos en la materia<sup>13</sup>. Sabemos que marchaban “*rítmicamente al son pírrico mientras sonaban las flautas*”, y que se habían hecho diestros en la técnica tras entrenarse duramente, quedando muy claro que uno de los frutos del ejercicio era el aumento notable de la agilidad y la rapidez del practicante, por no mencionar el aumento de la capacidad muscular que conllevaría<sup>14</sup>. En definitiva, como el mismo Vegecio dice, luchan mejor que los demás en todo tipo de combates quienes están entrenados en este tipo de ejercicio<sup>15</sup>. Algunos estudiosos han conjeturado que la *pyrricha militaris* descendía directamente del mundo griego, siendo heredera de las viejas danzas marciales espartanas y cretenses, sin que podamos nosotros aventurar una negación o afirmación rotundas al respecto<sup>16</sup>. Pero no resulta imposible, tras reunir todos los datos de los que disponemos, esbozar con cierta seguridad tanto la estructura como los motivos prácticos que llevaron a los romanos a realizar un ejercicio así.

Los soldados en el mundo antiguo pasaban la mayor parte de su tiempo ataviados con ropas civiles<sup>17</sup>, y en ciertos casos los militares habían adaptado

---

<sup>12</sup> Véase la n. 4. Para el emperador Juliano en este caso hemos usado la valiosa edición bilingüe de la loeb, por W. C. Wright, 1969-1980, así como una traducción española citada en la n. 14.

<sup>13</sup> Podemos afirmar con total seguridad los casos de Juliano y Constancio II por las menciones explícitas de las fuentes, pero no deberíamos descartar que el ejercicio fuese realizado por otros emperadores, de los que tenemos noticias acerca de sus buenas condiciones físicas y su gusto por los deportes marciales y la actividad corporal; Cf. Historia Augusta, *Los Dos Maximinos* 2, 5-6, 3, 5; *Alejandro Severo* 30, 4; *El Divino Claudio* 13, 6-9.

<sup>14</sup> Remitimos a las nn. 4 y 20, en las cuales Amiano Marcelino (XVI 5, 10, XXI 16, 7 y XIV 11, 3) alude directamente a las principales ventajas de la *armatura*; velocidad, resistencia, rapidez, agilidad de los miembros, etc. El mismo pensamiento queda latente en las menciones de Juliano (*Discursos* I 11 a y d); hemos utilizado también para las obras del emperador la traducción con introducción y notas de J. García Blanco, 1979-1982.

<sup>15</sup> Vegecio I 13; véanse las nn. 11 y 12.

<sup>16</sup> Así el traductor J. C. Rolfe, en su índice de nombres antiguos al primer volumen de la edición Loeb de Amiano, 1971-1972 p. 581. Ha sido éste nuestro texto latín utilizado; sin embargo, existe una reciente traducción española del mismo, realizada por M. L. Harto Trujillo, 2002.

<sup>17</sup> Para todo ello, véase R. D'Amato, 2005 pp. 7-24. El uso de prendas cortas, cuyas mangas no llegaban a los puños, rellenas de algodón y seda basta, evolucionaría ya en tiempos bizantinos al llamado *kavadion* o *kabadion*. Capas cortas de lana, o abrigos acolchados sin mangas, podían ser prendas indistintamente civiles o militares en las frías áreas fronterizas del Imperio. Cf. P. Southern & K. R. Dixon, 1996 pp. 96-98. Los soldados romanos preferían muchas veces ser

gran cantidad de prendas de piel, lino o lana<sup>18</sup>, por lo que durante los invernales periodos de pausa bélica las tropas no se diferenciaban esencialmente de cualquier morador cercano a sus campamentos, salvo por los gruesos abrigos, gorros y capotes militares<sup>19</sup>.

Por estas razones, cuando llegaba el momento de ataviarse para marchar de campaña, a la guerra y el combate en una invasión o para frenar la acometida de los pueblos bárbaros, los ejércitos romanos, especialmente los de campaña (*comitatenses*), se cubrían de cuero o hierro, con gran cantidad de armas y pertrechos que superaban holgadamente el peso habitual que las tropas estaban acostumbradas a llevar. Del mismo modo, las largas marchas y los ejercicios de esgrima, lucha y lanzamiento de armas arrojadas, variaban mucho en su grado de dificultad cuando se realizaban desde la comodidad de un campo de entrenamiento tranquilo y despejado, ya que será diferente en las circunstancias reales de una batalla: Todos los movimientos de ataque y defensa, desde los muros de escudos hasta el combate cerrado, multiplicaban su dificultad y riesgo con el peso, a menudo abrumador, de las cotas de mallas, yelmos de metal y otras protecciones<sup>20</sup>. Por todos estos motivos, se idearía la práctica de paradas, ejercicios y competiciones atléticas en

---

representados en sus enterramientos con ropas civiles, lo que en algunas ocasiones ha servido para conjeturar un abandono masivo de las armaduras metálicas en el siglo V.

<sup>18</sup> Tenemos un ejemplo muy ilustrativo en el excelente catálogo de vestimentas militares que aparece en Historia Augusta, *El Divino Claudio* 14, 5-10; se trata de una carta, a todas luces espuria, en la que el emperador Valeriano I da órdenes a su *procurator Syriae* para que entregue al futuro Claudio el Gótico, entonces tribuno del ejército, una generosa provisión de víveres, objetos suntuarios, equipo militar, servidumbre y ropas propias de la soldadesca. Cf. P. Southern & K. R. Dixon, 1996, pp. 121-124. Los gorros portados por el infante romano eran llamados “panonios”, y su origen estaba en la infantería de aquella provincia. Se extendieron rápidamente por el ejército, tras el reinado de Decio y la preponderancia de los Emperadores Ilirios. Aparte de los beneficios prácticos de llevar un gorro, que podía proteger de los elementos y algunos golpes, acostumbraba a los soldados a llevar un peso en la cabeza, de modo que luego no se sentían incómodos con los yelmos de cuero o metal. En definitiva, una práctica similar a la *armatura* genérica. Para los gorros *panonios* véase Vegecio I 20, 19-20.

<sup>19</sup> Parece que finalmente se impuso entre las tropas el uso de una capa grisácea y funcional que podía emplearse tanto por jinetes como por infantes, y se convirtió en pieza habitual de vestimenta para el soldado. Cf. G. Sumner, 2003, p. 20. Seguramente se trató de evoluciones tardías tanto del *sagum* como del *Paludamentum*; ver la n. siguiente para la bibliografía al respecto.

<sup>20</sup> M.C. Bishop & J.C.N. Coulston, 1993 pp. 10-12; H. Russell & R. Embleton, 1980 pp. 33-39.

las que los reclutas<sup>21</sup> realizarían sus movimientos en situaciones reales de combate, ataviados con su equipo, lo que sería el germen de lo que finalmente sería la técnica combativa de la que hablamos, que recibiría el nombre de *armatura*.

Por otra parte y desde un aspecto puramente mental y psicológico, el tener a un gran número de tropas ejercitándose conjuntamente en la danza marcial y la carrera, ya fuesen legiones, *auxiliae*, u otro tipo de formación, produciría incontestablemente una gran afinidad, confianza y tenacidad tanto global como individual en los soldados; podría tratarse de lo que llamamos *esprit de corps*. Recordemos que incluso hoy, en plena Edad Contemporánea, tiempo de apogeo de las nuevas tecnologías, todavía ciertos cuerpos militares tanto europeos como estadounidenses, de tradición larga y enriquecida por campañas bélicas a lo largo de los siglos, aún conservan en su idiosincrasia particular una manera propia y especial de formar y desfilar, que forma parte de la identidad del grupo<sup>22</sup>. Del mismo modo, sin duda la práctica constante de esas danzas marciales aumentaría la destreza del combatiente y le ayudaría, entre otras cosas, a esquivar y evitar golpes con más facilidad.

Los resultados son fáciles de adivinar; mediante este entrenamiento con carreras continuas, saltos y marchas en formación, los legionarios adquirirían una resistencia mucho mayor, su fondo físico podría aguantar el recorrer un buen número de kilómetros al día, aspecto esencial en la mentalidad militar romana, y, además, la velocidad de movimientos con la armadura puesta se convertiría en una ventaja verdaderamente letal, sobre todo en el combate con espadas o con otras armas de filo. Asimismo, los movimientos globales de batalla, desde el punto de vista táctico, no serían impedidos por el peso del equipo ni por la situación de combate real. Ya dijo en su día el general de caballería confederado Nathan B. Forrest que la clave para ganar las batallas era simplemente “llegar allí primero y con más gente”, esto es, ocupar antes que el enemigo cualesquiera posiciones ventajosas o claves que existieran sobre las rutas vitales o el campo de operaciones; precisamente, con tropas

---

<sup>21</sup> No debe considerarse, no obstante, que era éste un ejercicio destinado únicamente a los soldados rasos; ya hemos visto por las fuentes como era realizado por los oficiales de distintas graduaciones e incluso por los mismos emperadores. Amiano Marcelino (XIV 11, 3) nos ofrece otro ejemplo en el que podemos ver a los hijos del general Ursicino, pertenecientes a los escalafones más altos tanto de la sociedad como del ejército imperial, como expertos la *armatura* y otras artes militares: véase la n. 9.

<sup>22</sup> Podemos hallar un ejemplo muy claro en España, con los Regulares y los Tercios de la Legión (Cf. J. Scurr & B. Fosten, 1985 p. 7). Para el *esprit de corps* dentro del Ejército Romano y las fatales consecuencias que derivaron de su desaparición, véase P. Southern & K. R. Dixon, 1996, pp. 168-172 y 175; A. Ferrill, 1989, p. 50.

entrenadas a largas marchas este era un requisito que casi siempre se cumplía. Recordemos que durante ciertas etapas de las batallas antiguas, como las retiradas, pero sobre todo las persecuciones para explotar a fondo las victorias, era de una importancia verdaderamente decisiva y excepcional el contar con buenos corredores; de ahí que se formasen cuerpos de infantería ligera, tanto para hostigar al enemigo y provocar que iniciase el combate como para intervenir en las persecuciones y aniquilarlo por completo en las desbandadas<sup>23</sup>. Durante siglos y siglos, las legiones romanas lograron una abrumadora superioridad estratégica sobre la mayor parte de sus enemigos por su gigantesca capacidad de sacrificio y trabajo, tanto en las marchas como a la hora de cargar todo el equipo necesario para la construcción de fuertes y campamentos al final de cada día<sup>24</sup>. En el mismo sentido, tanto los exploradores como los mensajeros debían poseer esta habilidad vital: moverse deprisa<sup>25</sup>.

---

<sup>23</sup> Casi todos los grandes combates y batallas comenzaban con el lanzamiento de grandes boleas de arrojadas y proyectiles; Cf. Amiano Marcelino XVI 12, 29 que nos muestra un ejemplo claro en la batalla de Estrasburgo (año 357). La importancia de estas armas se ve reflejada también en Vegecio I 13-14 y 16; II 23; y Procopio, *Historia de las Guerras* IV 3, 14 y 11, 49; VIII 19, 22-24 y 22, 9-10.

<sup>24</sup> Sabemos que en la época dorada de los Escipiones, un legionario romano podía cargar con una impedimenta que variaba entre los veinte y treinta kilos, y era capaz, según lo requiriese la necesidad, de marchar con ella entre 8 y 32 kilómetros al día. El propio Vegecio (I 9) sobrepasa estas cifras diciendo que los legionarios marchaban treinta kilómetros en cinco horas al paso militar, pudiendo llegar a los treinta y cinco kilómetros cubiertos en el mismo periodo de tiempo si aplicaban el “paso completo”. Véase el ejemplo en Apiano, *Historia Romana* VI 20, refiriéndose al asombro y estupor que produjo entre las tropas púnicas la aparición súbita del ejército romano de Escipión ante sus mismas murallas, sitiando ya la ciudad de Cartago Nova tras una fulgurante y meritoria marcha nocturna. Para ese autor se ha utilizado la traducción anotada de A. Sancho Royo, 1980-1985. Tito Livio (IX 45, 15) utilizó la expresión *pleno gradu* para la marcha a ritmo rápido, una expresión que se repite en Salustio, *Guerra de Jugurta* 98, 4; el término utilizado aquí por nuestro autor, *militaris gradus*, sólo aparece en Vegecio. La marcha a velocidad normal es denominada *modico gradu* en Tito Livio XXX 5, 4 y seguramente es una expresión similar al *iustum iter* de Julio César, *Guerra Civil* 3, 76 que presupone las distancias de marcha de una legión en condiciones normales. Desde luego, estas cifras estaban muy lejos de la capacidad del Ejército Romano Tardío. Para los campamentos, véase Hyginus, *De Metatione Castrorum* 21-58; Vegecio I 22-25 y III 6, y Mauricio VII 7 y VIII 1, 26. Parece que las legiones occidentales seguían manteniendo la costumbre de construir fuertes estacionarios todavía en el siglo IV; así lo hacían las tropas de Juliano en campaña, como atestigua Amiano Marcelino (XVIII 2, 11 y XXV 4, 11).

<sup>25</sup> Se aprecia claramente la importancia de tal habilidad en la descripción física del emperador Juliano que nos deja Amiano Marcelino XXV 4, 22. Para la descripción física de Constancio II, que era igualmente habilidoso en el arte de la carrera, y para los efectos de practicar la *armatura*, véanse las nn. 4 y 14.

Por todo ello, tanto por motivos prácticos individuales como colectivos, las habilidades atléticas combinadas con las marciales para mantener la forma general del soldado recibieron una importancia excepcional en el ejército romano, y podemos afirmar que la desaparición de los altos niveles de entrenamiento previos y la escasez de legionarios ejercitados afectaron muy negativamente la efectividad de las fuerzas romanas con el paso del tiempo, hasta que casi todas las agrupaciones pasaron a estar integradas en mayoría por personal de segunda clase en todos los sentidos, con el resultado -mortal para el Imperio- de la desaparición de la eficacia en combate y la rémora económica de un ejército oneroso que lo era más aún por su ineficiencia. El fenómeno de la batalla campal, por tanto, desapareció casi completamente, y desde los tiempos de Constancio III en adelante (421), los emperadores serán cada vez más reacios a entablar combate con grandes masas de infantería, que en muchos sentidos ya había dejado de ser romana, pero muy especialmente en uno de ellos: había dejado de estar entrenada<sup>26</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- M. Biancardi, 2004, *La cavalleria romana del principato nelle province occidentali dell'impero*, Bari.
- M. C. Bishop & J. N. C. Coulston, 1980, *Roman Military Equipment*, London.
- M. T. Callejas Berdonés, 1982, *Edición crítica y traducción del Epitoma Rei Militaris de Vegetius, Libros I y II, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Edición bilingüe. Universidad Complutense, Departamento de Filología Latina, Madrid.
- B. Campbell, 1994, *The Roman Army 31 BC - AD 337. A Sourcebook*, London.
- J. Casey, 1991, *The Legions of Late Empire*, London.

---

<sup>26</sup> Para la devaluación del ejército romano, forzado a utilizar cada vez con más frecuencia combatientes de baja calidad, véase P. Heather, 2006, p. 547, y T. Coello, 1996, p. 63. Aquí hubo un evidente descuido de las autoridades romanas, que no quisieron darse cuenta de la inutilidad de la mayoría de sus unidades militares hasta que fue demasiado tarde. El alarmante descenso del nivel combativo en la infantería hizo que los generales y tratadistas tardíos se mostrasen cada vez más reacios a utilizarla conforme al estilo tradicional; así, alrededor del año 600, el bizantino Mauricio (VIII 2, 4), al hablar de una batalla campal, juzga los éxitos que de ella pudieran devengarse como “una demostración más de suerte que de valentía”.

- T. Coello, 1996, *Unit Size in the Late Roman Army*, Oxford.
- R. D'Amato, 2005, *Roman Military Clothing AD 400 - 640*, Oxford.
- M. F. Del Barrio Vega, 1982, *Edición crítica y traducción del "Epitoma Rei Militaris" de Vegetius*, Libros III y IV, Universidad Complutense de Madrid, 1982.
- *Der Neue Pauly*, 1996 - , *Enzyklopädie der Antike*, Stuttgart.
- H. Elton, 1996, *Warfare in Roman Europe, 325-450*, Oxford.
- Ferrill, 1989, *La Caída del Imperio Romano: La explicación militar*, Madrid.
- J. García Blanco, 1979-1982, *Juliano. Discursos (2 vols.)*. Introducción, traducción y notas de José García Blanco, Madrid, Gredos.
- V. Giuffrè, 2003, "Armorum exercitatio e castrorum disciplina secondo Adriano", en *Le discours d'Hadrien à l'armée romaine d'Afrique. Excercitatio*, Y. Le Bohec (ed.), Paris pp. 159-163.
- W. Goffart, 1977, "The Date and Purpose of Vegetius' Epitome Rei Militaris", *Traditio* 33, pp. 65-106.
- M. L. Harto Trujillo, 2002, *Amiano Marcelino. Historia. Edición de María Luisa Harto Trujillo*, Madrid.
- J. J. Hatt, 1993, *Argentorate-Strasbourg*, Lyon.
- P. Heather, 2006, *La Caída del Imperio Romano*, Barcelona.
- K. Jakubiak, 2003, *The development of the Defensive System of Eastern Anatolia*, Rome.
- M. Junkelmann, 1991, *Die Reiter Roms. Teil II: Die Militärische Einsatz*, Mainz am Rhein.
- Y. Le Bohec, 2003, "L'exercice militaire et l'armée romaine", en *Le discours d'Hadrien à l'armée romaine d'Afrique. Excercitatio*, Y. Le Bohec (ed.), Paris pp. 123-132, Paris.
- D. Lee, 2007, *War in Late Antiquity*, Malden.
- S. Lewin & P. Pellegrini (eds.), 2007, *The Late Roman Army in the Mid East from Diocletian to the Arab Conquest*, Oxford.
- S. MacDowall & G. Embleton, 1994, *Late Roman Infantryman (236-565)*, London.
- R. Menéndez Argüín, 2005, *Flavio Vegecio Renato, el arte de la Guerra Romana*, Madrid.
- M. Mielczarek, 1993, *Cataphractii and Clibanarii: Studies of the Heavy Armoured Cavalry in the Ancient World*, Lodz.

- N. P. Milner, 1996, *Vegetius Epitome of Military Science*. With translation and notes by N. P. Milner, Liverpool.
- J. D. Montagu, 2006, *Greek and Roman Warfare: Battles, Tactics and Trickery*, London.
- D. Nicolle, 1994, *The battle of Yarmuk and the Muslim Conquest of Syria AD 636*, London.
- D. Paniagua Aguilar, 2006, *Flavio Vegecio Renato, Compendio de Técnica Militar*, Madrid.
- J. C. Rolfe, 1971-1972, *Ammianus Marcellinus*. With an english translation by John C. Rolfe, London, Loeb..
- H. Russell & G. Embleton, 1980, *The Armour of the Roman Legions*, London.
- Sancho Royo, 1980-85, *Apiano. Historia Romana*. Traducción y notas de Antonio Sancho Royo, Madrid, Gredos.
- J. Scurr & B. Fosten, 1985, *The Spanish Foreign Legion*, London.
- P. Southern & K. R. Dixon, 1992, *The Roman Cavalry*, London.
- P. Southern & K. R. Dixon, 1996, *The Late Roman Army*, London.
- P. Stephenson & K. R. Dixon, 2003, *Roman Cavalry Equipment*, Stroud.
- G. Sumner, 2003, *Roman Military Clothing AD 200-400*, Oxford.
- J. Wilkes, 2001, *The Roman Army*, Cambridge.
- W. C. Wright, 1969-80, *The works of the Emperor Julian*. With an english translation by Wilmer Cave Wright, Cambridge, Loeb.